

PROVINCIANISMO Y DISFORIA TERRITORIAL: EXPERIENCIAS ABANDÓNICAS EN LA LITERATURA DE CONCEPCIÓN*

MARIO VERDUGO**

MUY BUENAS TARDES. Agradezco a la Cátedra Gonzalo Rojas y a la Filbiobío y a nuestra compañera y maestra Rosabetty Muñoz por el convite. No venía yo a la zona desde hace veinte años, cuando estuve durmiendo unas horas a la intemperie en un precario camping, dentro de un festival que se llamó Rock al Sur del Mundo. Mi recuerdo de aquella noche (de seguro deformado por algunos tópicos) es un contraste de luz y oscuridad, o de niebla gélida y centelleos que me encandilaban. Las condiciones de alojamiento para mí han cambiado bastante y eso la verdad es que me emociona mucho.

Puesto que uno de los rasgos atribuibles a nuestro colectivo es un modesto ánimo bibliófilo y, en particular, un impulso de reconocimiento a los escritores y las escritoras que otrora ya se plantearon críticamente las relaciones entre literatura y territorio, pensé que podía hablar un poquito de mis lecturas penquistas, que sin duda son insuficientes, son escasas, capaz que caóticas e inactuales e ignorantes, pero que tienen la potencia, al volver a ellas, para torcer algunas perspectivas mías (o nuestras) sobre lo que significa escribir fuera de Santiago. Las literaturas de Concepción, digamos, miradas con embeleso desde una provincia cercana.

Esto parte en realidad por una lectura más bien cosmopolita. Parte por *Dysphoria mundi*, la obra más reciente del filósofo contrasexual Paul Preciado. En esta obra, Preciado afirma que la pésimamente llamada “disforia de género” constituye no una enfermedad de la mente, no una patología administrada a toda neutralidad por los psiquiatras heteropatriarcales y

* Ponencia presentada en la Feria del Libro del Biobío 2023, en la mesa del colectivo literario Pueblos Abandonados, en Concepción, el 17 de enero de 2023.

** Poeta y ensayista nacido en Talca; integrante del colectivo literario Pueblos Abandonados.

binarios, sino una muestra de inadecuación estética y política. Es una resistencia a la normalización. En esta radical incomodidad residiría también la opción de comprender el mundo contemporáneo y de abrirse a una mutación. Sentirse fatal en el sistema sexo-género es en resumidas cuentas una condición para el cambio.

Entonces se me ocurrió la peregrina idea de que este punto de vista podía extrapolarse a los problemas territoriales al interior de lo que denominamos Chile. ¿Qué tal si el fuerte malestar literatoso que se achaca a Concepción o a Pencópolis o a Cipango o a Harris-aldea o hasta Osmania o Monvetusto o Parque Deportivo o la belmariana Ciudad Brumosa no proviniesen de la fealdad real o de los defectos inherentes a estos lugares, sino de una resistencia al orden político, geográfico y administrativo? ¿Qué tal si las descripciones a menudo tan *disfóricas* de estos espacios (todos, o casi todos, avatares ficcionales de Concepción) fueran en parte un atisbo de rebelión contra las asimetrías del esquema centro-periferia?

Y luego, la otra pregunta clave, ¿es lo mismo en la literatura que surge *en / en torno* a Concepción que en el resto del país? Puede que no, puede que sea distinto, y sobre eso me gustaría *difariar* abandonícamente en seguida.

La representación dominante de las provincias chilenas es por cierto una representación disfórica. Menos para los residentes y los oriundos que para los forasteros (y forasteras), lo que prima en esta representación es la topofobia, la aversión al espacio, una apreciación de repulsa, que va desde el desprecio intelectual a la manifestación de reacciones sintomáticas: pecho oprimido, soponcios, escalofríos y arcadas, como si se estuviera ante un horrendo WC (Gonzalo Contreras dixit). Ver y olfatear la provincia es un constante padecimiento, describirla equivale a una devaluación incansable.

Por acá la topofobia oriunda alcanzaría una peculiar intensidad. Más escalofríos, más soponcios, más oprimido el pecho. Lo constata por ejemplo el prólogo a la antología *Las plumas del colibrí*, del 89, donde los profesores Alonso, Mestre, Rodríguez y Triviños se cuestionan la fisonomía degradada, de monstruito húmedo, con que Concepción se aparece ante la percepción de los poetas locales. ¿Por qué tal insistencia –señala aquel cuarteto de profesores–, por qué tal cerrazón y no una apertura a las circunstancias concretas a escala latinoamericana?

Un cuestionamiento similar le oí al gran escritor Andrés Gallardo cuando me tocó entrevistarle a días de su muerte. Me dijo don Andrés en su casa de Huechuraba: “Un hijo mío acaba de sacar un libro de poemas, ¡porque salió poeta!, y es de una sordidez total. Está lo de Gonzalo Rojas con Orompello, y todos hablando de naufragios, de objetos rotos, de manchas

de tinto... Es raro, mi amigo, pero yo no he visto que la bruma de Concepción sea para tanto”.

Ya saliéndonos un poco de “la literatura”, las topofobias reemergen en otro texto reciente que me correspondió leer, y cuya disforia afecta al microespacio donde viví buena parte de mi formación académica y de mi educación sentimental: la Escuela de Periodismo de la UdeC. En *Canción para mañana: memorias de Los Bunkers*, el músico Mauricio Durán evoca este recinto en su complejión noventera como un “chiquero” y una “pocilga” (tan escaso, por lo demás, de impresoras láser como sobrado de horrendos WC), al paso que narra (Durán) el desplazamiento necesario a la metrópoli en el marco del centralismo artístico, la derechización edilicia de su ciudad de origen, la decadencia resacosa del Barrio Estación y, contraviniendo algunos estereotipos térmico-climáticos, una historia personal aunque nada ensimismada (como veremos) sobre camisas y sobre fuego.

Referencia ineludible acerca de la literatura *de o sobre* Concepción es como se sabe de sobra el par de novelas que Daniel Belmar publicó cruzando la mitad del siglo XX. *Ciudad brumosa* y *Los túneles morados* reinciden sin duda en el provincianismo topofóbico. Uno diría incluso que la urbe de Belmar exagera este sentir. Es una urbe donde el reloj municipal marcha siempre a deshora, donde a la gente se le compara con guarenes o chinches o cucarachas o pellejos de congrio, donde campea un odocentrismo repugnante y donde los artistas, a la manera expuesta hogaño por Durán, terminan atraídos “por el brillante candil” de Santiago.

La bruma, el “mandato de bruma”, se traga a los personajes párrafo por medio, como si se adentraran en la selva de José Eustasio Rivera. Los hedores capitosos, aun teniendo en cuenta el cameo de una fábrica de perfumes, nos obligarían a minimizar hasta el universo ya muy pestilente de Juan Bautista Grenouille. Y las imágenes vomitorias a lo H. P. Lovecraft recrudecen en esa masa de anguilas glutinosas y contorsionantes que el narrador va cotejando con la memoria de uno de sus héroes.

No se trata, sin embargo, de una mera reiteración. No es, eso creo, el cliché de la provincia sin más. Y no lo es por varias razones:

Primero: Concepción es vista como un lugar de paso entre la juventud y la adultez, pero sobre todo como una *encrucijada interregional* que convoca en modo aleatorio, *random*, a un montón de otros territorios. Segundo: el vínculo de subordinación con la metrópoli se revela harto más diluido que en la mayoría de las narrativas ad hoc. Tercero: la oscuridad no deja jamás de exhibirse en contraste con la luz; el pasado sombrío y el presente espejado se co-implican; es podredumbre y modernidad a la vez; es a la vez

barro y pavimento; es bruma que frena o atrapa, pero también resplandores que ilusionan.

Y cuarto: en Belmar todo arranca de una insistente autoconsciencia de ciudad grande, no de pueblo chico; ciudad que semeja una bestia aletargada pero que es ciudad grande al fin y al cabo y que, por su misma indeterminación, por su mismo carácter transicional, digamos no binario, pone en aprietos al geoestatus que ha separado a un único centro deseable (presuntamente, nuestro único horizonte de euforia) de un millar de periferias asquerosas y, ya sabemos, disfóricas.

Como ha escrito Gloria Sepúlveda, el mal se despliega aquí, metafóricamente, en forma de bruma retardataria, en los túneles conchovino de la violencia y el alcohol y la pobreza y los guarenes, y es desde esas mismas visiones –suscribiría yo– de donde brota un sentido de promisión, de imaginación de mundos heterogéneos a lo Paul Preciado.

Y también, lo anticipamos, hay camisas: estudiantes, por ejemplo, que conservan el orgullo de una camisa bien aseada y mujeres renuentes a casarse con cualquier descamisado. Y habrá camisas en las lyrics de Durán, las de su abuelo muerto en “Canción para mañana”. Y las hubo en *Desembocadura*, otro relato de Belmar en que la migración entre provincias agrícolas y fabriles se expresa a través de “racimos de angustia”. Y podrá encontrárselas, décadas después, en *Vidas ejemplares*, la novela mediante la cual Sergio Gómez reubica a Parque Deportivo (*alter locus* penquista) en una órbita mundializada.

Con Gómez la disforia deviene piromanía, fuego exprofeso, incendios provocados por un pencopolitan *psycho killer* que así dinamiza la modorra de provincia, a la espera de que sea un aerolito —casi como en el Armagedón dominguero de Stephen Morrissey— el que venga a remecer esa vida en cámara lenta. Del localismo de Belmar pasamos al *brandeo* y al pop obsesivo tipo Patrick Bateman; del riesgo de descamisamiento pasamos al cuello albo, abogadil, de una camisa Kenneth Stevens.

Es, según dijese Marcelo Sánchez Rogel, un cambio notorio de paradigma, que igual realza sus conexiones con las brumas tan pegotes del medio siglo. Apenas nos hemos movido hasta la Remodelación Paicaví, o hasta Santa Juana, y otra vez nos encontramos con las mismas ambivalencias: tiniebla versus neones que parpadean, interregionalidad y *road movies* por la Araucanía, mal olor y olor a mal, consciencia urbana modernizante (o esnob), y Concepción como epítome de aquel *dictum* que hace que todos los lugares sean a la postre, en un sentido superfúnebre, lugares de paso.

Uno se podría ir preguntando a estas alturas si la disforia territorial es la

experiencia característica de quien no vive o no quiere vivir ni en el centro ni en la periferia, de quien se sale del geoestatus y de esa clase de binarismos. Se nos ha dicho que la provincia es un lastre, una maldición metonímica, una sobrecarga de espacio que nos inhabilita para las evanescencias modernas y posmodernas, privativas del centro. Bueno, la disforia, según lo recuerda Preciado, apunta etimológicamente a un problema de carga, a una carga mal llevada, a un peso que sentimos inllevable y que no aceptamos.

Basta darle una leída al capítulo que Magda Sepúlveda dedica a Concepción en su *Ciudad quiltra* para reafirmar lo mal que llevan esta carga (tal vez enhorabuena) los poetas de por acá: fajas de barro que aprietan en las zonas de peligro, industrias en bancarrota, más taxistas prostibularios y psicoactivos, la camisa ardiente de Sebastián Acevedo, impresión de inmovilidad y, al mismo tiempo, una inclinación por el espectáculo decadente y/o popero que es un tanto más difícil de hallar en otras regiones o pueblos abandonados.

Algo parecido podría decirse de otro escritor-farmacéutico, a la Belmar, y de familia improbablemente camisera. Me refiero a Eric Rosenrauch. Los ambientes penquistas megadisforizantes no son raros en textos suyos como *Noches sin gloria* y *Los poderosos*, si bien la mayor encarnación de la disforia pareciera ser en este caso su propia leyenda de hombre brumosísimo, por una parte, y por la otra el ulpo incomible, el caldo espeso, el *pharmakon* glutinoso y contorsionante, como hecho a base de anguilas, con que la crítica comparara su obra.

Seguro no quiero decir en un brote de grandilocuencia metete que escribir en Concepción sea siempre llorar, o sea siempre entenebrecerse y vomitar, parafraseando a un veterano español. Hay otro tipo de sentires. Y uno de ellos, que sí está presente me parece en todas las regiones, es la autoexaltación identitaria (a menos, claro, que esta sea nada más que la cara hipomaniaca de un trastorno bipolar).

El ejemplo que siempre cito es el *Diccionario de autores de la Región del Biobío*, donde Matías Cardal agrupa a quinientas plumas egregias y regionalizables, de la región completa, no solo de Conce (por desgracia no cupieron entre otros Charles Darwin y Sonia Montecino, que incumplían los requisitos, en fin). Ahí lo que predomina es el deseo de arraigo y el lucimiento local/regional como espacio literario privilegiado. Esta ralea de entusiasmos, no obstante, sería torpedeada un poco antes desde la misma UdeC, algunos de cuyos académicos tenderían a mostrarse escépticos cuando se les consultase al respecto en el diario *El Sur*. Una respuesta fue: Cómo es posible construir identidad a partir de un imaginario tan negati-

vo, cómo ufanarnos de nuestras disforias. Y la otra: Se es escritor a secas o no se es, y la verdad es que se avanza hacia la canonización nacional mientras se va creciendo en calidad y fama, como Belmar, como Rosenrauch, como Gallardo.

También de índole paratextual son algunas versiones que podríamos tildar de neutras acerca de la relación entre la literatura penquista y su territorio. Pienso en Lila Layers, responsable de la saga infantojuvenil de “la pequeña Li”. Para Layers, Concepción habría de ser solo una pista de despegue en pos de unos destinos imprevistos y fantásticos. Hay que calibrar pese a ello que Layers igual ocuparía su pista para salir en un sobrevuelo por Conce junto a un sapo-filósofo, de nombre Socratón, que lamenta no haber sido poeta pencopolitano para describir a plenitud las bellezas y miserias de la ciudad.

Y tenemos una declaración de Alexis Figueroa (otro gran escritor: llevamos varies), una declaración de él, digo, en un libro próximo a reeditarse: *Héroes civiles & santos laicos*. En esa entrevista con Yanko González, Figueroa establece que es mucho más decisiva la marginalización disciplinar, es decir, el vapuleo a la poesía en nuestra cultura, que una marginalización cabalmente territorial concebida en términos de proximidad o lejanía con el centro.

Me gustaría terminar sintetizando un grupo de incidentes donde vuelve a entreverse el carácter generador de la disforia, en complemento eventual con la consciencia de gran ciudad, no de pueblo chico. No tengo por ahora cómo verificar que esto ocurre más seguido aquí que en Talca o Vicuña o Ancud o Punta Arenas, pero eso es lo que intuyo. Veamos:

En *La tierra dormida*, de Ilda Cádiz, un trabajador de Huachipato confecciona un telescopio con el que pronto consigue divisar, sobreponiéndose a las molestas nubosidades locales, una masa planetaria casi idéntica al globo terráqueo... Y luego a la geografía de Sudamérica... Y luego a la Región del Biobío... Y luego a los edificios de la calle Barros Arana... Y luego (en el paroxismo de este *zoom in*) a su propio ojo de *doppelgänger* huachipatense, telescópico y suicida. Es *Melancolía* de Von Trier o, mejor aún, lo concéntrico y lo reversible y lo simétrico paradójico, como en la poesía de por estos lados, capaz de encontrar dentro de la luz una luz más pequeña (que es oscura) y de responder en un planeta alterno qué hay tras un abrigo (una camisa) y tras una camisa (un cuerpo) y tras un cuerpo (un alma) y tras un alma (una camisa sucia)¹.

¹ Las referencias apuntan desde luego a los poemas “Convite”, de Damsi Figueroa, y “1984”, de Ricardo Mahnke.

En *Camisa limpia*, de Guillermo Blanco (sí, camisas de nuevo), un médico instalado en el primer emplazamiento penquista, el del Nuevo Extremo, resulta perseguido por motivos religiosos (como lo fuera la familia Rosenrauch siglos más tarde) y finalmente es quemado vivo (sí, de nuevo el fuego y los pirómanos inquisitoriales), pues su disidencia compromete la unidad del reino. Al bachiller Francisco Maldonado lo juzga y lo condena el Santo Oficio en Santiago, en el mero centro, pero antes de ello tendrá oportunidad de vivenciar interregionalmente el territorio con acento preferente en sus fluvialidades y teniendo al Biobío como eje de soberanía y majestuosidad.

Nuestro incidente final es el corpus magno de Rodrigo Muñoz Opazo, que empieza a fraguarse también en la pocilga, en el chiquero o en lo que él apodó Escuelita de Campo, la Escuela de Periodismo de la UdeC. Con *La trilogía de las fiestas*, *Tiniebla de amor*, *Franco Demente* y, sobre todo, *Monvetusto*, Muñoz trenza sobrenaturalmente, superheroicamente el territorio con una cuiridad que en autores como Belmar y Gómez era más bien repudiada o reducida a grotesco.

La novelística de Muñoz Opazo incluye a otro *pencopolitan psycho killer* incendiario (camisa negra ajustada y abierta en el pecho, o a veces disfrazado de campesino), quien se desplaza por el país quemando, estrangulando y desmembrando a la escoria hétero, beoda, vomitiva y reaccionaria que le ha quitado todo. E incluye Muñoz unos pasajes de *bildungsroman* en los que se entremezclan la topofobia y el orgullo sureño, la consciencia de gran urbe en el Biobío y el esplendor centralista y *openmind* del Barrio Lastarria. E incorpora en especial, ya digo, a Monvetusto: una Concepción alternativa y precordillerana donde es la comunidad LGBT la que asume la resistencia contra el statu quo geográfico y emprende la reivindicación, la modernización, la mutación fulminante de su terruño.

Tendremos entonces, en esta novela del 2009, a una transprovincia en pugna con el vil realismo jerárquico. Tendremos a un monstruo comecerebros conservadores, tendremos a una lesbodetective telépata, a un bailarín que detecta el VIH bajo la piel y a un periodista armarizado (mutante hologramático) que retorna a su pueblo-clóset para salir de ahí a desdoblarse, a teletransportarse, a levitar y –aunque se asqueen y burlen en Santiago– a salvar a Monvetusto y a Chile y a toda la Tierra.

... *Dysphoria mundi* y disforia territorial: resistencia, carga no aceptada y condición para el cambio. Así también con los coelemanos de Andrés Gallardo y los sanantoninos de Marcelo Mellado, dos de nuestras fuerzas

tutelares, uno avecindado y el otro nacido en Concepción. Así con la Legión de las Artes en Muñoz Opazo.

Quizá no estén enfermos –digamos para concluir– los que malviven donde viven, incómodos radicalmente en sus espacios. Quizá no sean malos amargados los que se contemplan a sí mismos en sus escupitajos-espejos de la inmundicia (como diría Labraña-Sáez, poeta de Springhill), ni los que se pasman (en palabras del vate Espinosa Henríquez, de Talcahuano), ante unas camisas desencarnadas diciendo adiós, aquí, en esta orilla interregional donde convergen todas las orillas y todas las provincias.

Muchas gracias.

REFERENCIAS

- Alonso, M.N., Mestre, J.C., Rodríguez, M. y Triviños, G. (1989). *Las plumas del colibrí. Quince años de poesía en Concepción (1973-1988): Estudio y antología*. Inprode/Cesoc.
- Belmar, D. (1961). *Los túneles morados*. Zig-Zag.
- Belmar, D. (1953). *Desembocadura*. Ediciones Renovación.
- Belmar, D. (1950). *Ciudad brumosa*. Imprenta J. H. Salazar.
- Blanco, G. (1989). *Camisa limpia*. Pehuén.
- Cádiz, I. (1969). *La tierra dormida*. Arancibia Hermanos.
- Cardal, M. (1997). *Diccionario de autores de la Región del Bío-Bío*. Editora Aníbal Pinto.
- Contreras, G. (1991). *La ciudad anterior*. Planeta.
- Durán, M. (2022). *Canción para mañana: memorias de Los Bunkers*. Planeta.
- Espinoza Henríquez, P. (2000). Visión de unas camisas diciendo adiós. En *Mitológicas*. Ediciones Etcétera.
- Figuroa, A. (2000). Soy un accidente insectívoro. En Y. González. *Héroes civiles y santos laicos. Palabra y periferia, trece entrevistas a escritores del sur de Chile*. Barba de Palo.
- Figuroa, D. (2003). Convite. En *Cartografía del éter*. Ediciones del Temple.
- Fuentealba, S. R. (1990). Literatura de la Octava Región, *El Sur*, 16-IX-1990, p.7.
- Gómez, S. (1994). *Vidas ejemplares*. Planeta.
- Labraña Sáez, M. Contemplo mi rostro en el espejo de la inmundicia. Inédito.
- Layers, L. (1990). *La pequeña Li y las atolonias*. Ediciones Layers.

- Mahnke, R. (1989). 1984. En M. N. Alonso, J.C. Mestre, M. Rodríguez y G. Triviños. *Las plumas del colibrí*. Inprode/Cesoc.
- Muñoz Opazo, R. (2012). *Tiniebla de amor*. Mago.
- Muñoz Opazo, R. (2010). *Franco Demente*. Mago.
- Muñoz Opazo, R. (2009). *Monvetusto y la Legión de las Artes*. Mago.
- Muñoz Opazo, R. (2007). *La trilogía de las fiestas*. Mago.
- Preciado, Paul (2022). *Dysphoria mundi*. Anagrama.
- Rosenrauch, E. (1970). *Los poderosos*. J. Almendros.
- Rosenrauch, E. (1962). *Noches sin gloria*. Editorial del Pacífico.
- Sánchez Rogel, M. (2006). De Freud a Travis. La ciudad morada se puso gris. *Acta Literaria*, 42, 25-43.
- Sepúlveda, G. (2016). El mal y la esperanza en *Ciudad brumosa*: Responsabilidad ética en la escritura de Daniel Belmar. *Theuth*, 1, 77-93.
- Sepúlveda, M. (2013). *Ciudad quiltra. Poesía chilena (1973-2013)*. Cuarto Propio.
- Von Trier, L. (Director) (2011). *Melancolía* [película].